

CECILIA

Sergio Enrique Soto
(seudónimo: Armando Eco)

No entendía por qué yo no quería salir; al principio, procuró con sutileza enfatizarme la existencia de los parques y cafés, me hablaba de los pasteles de tal sitio y de los estrenos en los cines. Solía narrarme anécdotas de las calles y me llevaba fotografías de periódicos. Varias veces me invitó a caminar; decía que no hacía frío, que la atmósfera estaba despejada. . . Tal vez creía que era mi madre la que me impedía hacerlo y en dos ocasiones estuvo tentado a hablarle cuando ella tejía y nos miraba desde su sillón.

Durante los primeros días lo veía llegar indeciso: tocaba el timbre (me gustaba verlo arreglarse el cabello), seguramente se le alargaban esos instantes, posiblemente hacía su último repaso del pensado itinerario que trataría de implantar; entonces abría yo la puerta y notaba mi repentina presencia en su cara, hacía fallar su saludo retirando la boca y lo consolaba tomándolo de la mano para subir juntos la escalera. Mi silencio lo presionaba a hablar; buscaba alguna nota o pauta en mí e interrumpía sus palabras, para luego, al no encontrarla, rápidamente regresar a ellas asustado de su propio silencio. A menudo, en esos momentos se aproximaba mi madre a saludarlo, y él nerviosamente improvisaba un saludo que con el tiempo fue volviendo fórmula.

Prendía un cigarro, buscaba un cenicero y al darse cuenta de que lo observaba vacilaba para soltar el humo; cruzaba su pierna para distraerme y darse valor, y decía alguna frase incoherente de la que luego se arrepentía. Y al comprobar que mi atención seguía puesta en su conducta acariciaba mi mano y le daba otro giro a su sinuosa plática.

Poco a poco fue aplazando su premura y resignándose a permanecer en casa: calculaba las apariciones y desapariciones de mamá, trató de estar menos tiempo en la sala, y se dio cuenta de que en la cocina se sentía mejor. Me contó varias películas, biografías de actores, y me llevaba revistas.

Hubo ocasiones en que lo sorprendí cínicamente callado, dispuesto a no hablar pese a mis presiones; buscaba pretextos para desvirtuar las otras entrevistas, sorbía el té y miraba su cigarro. Se quedaba callado mirando los muebles, el hule perforado que cubría la alfombra, los rayones en la pared de la sala (seguramente pensó mucho quién pudo haberlos hecho). Observaba detenidamente las carpetas tejidas, los adornos de porcelana simétricamente espaciados en la mesa de centro, el viejo comedor de caoba con el frutero artificial. . .

—¿En qué piensa? —le preguntaba de pronto mamá.

Y no sabía qué responder, lo pensaba y decía un resultado improvisado.

En las siguientes entrevistas se empezó a impacientar y nuevamente me presionó para salir llevándome programas de conciertos y catálogos de museos. Llegó el día de mi cum-



pleaños y no se presentó ni me regaló nada. Tres días después vino a casa y acordamos encontrarnos en el parque más cercano: fingía su voz más gruesa, sostenía su mirada y soltaba el humo de su cigarrillo. Se despidió de mi madre y salió satisfecho de su comportamiento.

Lo vi esperarme una hora después de lo acordado; cargaba una muñeca envuelta para regalo, se levantó y dejó la banca, durante un cuarto de hora más caminó dando vueltas al parque y mirando en dirección de la banca. . . Al día siguiente —sin la muñeca— me dijo que había faltado a la cita, que lo disculpara.

Apreté su mano y nos fuimos a la cocina; desde la ventana contemplaba la calle y tomábamos el té en silencio. Ernesto había visto a mi madre tejiendo en la sala. Dio la espalda a la ventana y se me quedó viendo. Para justificarse intentó hablarme de algo nuevo, pero al no tenerlo lo empezó a inventar sospechando que yo me estaba dando cuenta. Bajó la vista y miró mis piernas; yo no le había permitido tocarlas (pero sabía que lo excitaba más cuando llevaba medias). Por vez primera le di un beso en la boca permaneciendo varios instantes, Ernesto quería continuar, pero apoyándome en la estufa lo empujé separándolo de mí y le sonreí. El estaba feliz. Salimos a la sala y le dije a mi madre que Ernesto se iba.

Al día siguiente me llevó la muñeca, me abrazó cuando subíamos la escalera, esperé un momento y retiré su brazo. Saludó a mi madre que veía televisión con el volumen alto, entramos a la cocina, lo besé, me volvió a abrazar y acarició mi cuerpo suponiendo que yo atendía a los labios, de pronto le clavé las uñas, nos separamos y le dije que regresara la siguiente tarde exactamente a la misma hora; salimos y le avisé a mi madre que Ernesto se iba.

Caminaba otra vez como desde el primer día, tocó el timbre y esperó firme (seguramente volvía a repasar su pensado itinerario). Lo besé y subimos; mi madre guardó el tejido y lo saludó al tiempo en que cerraba el costurero y lo retiraba hasta el extremo del mueble, nos sentamos. Ernesto vio que la alfombra estaba sin el hule maltratado. Lo jalé a la cocina. Y él se levantó apenado por dejar a mi madre repentinamente. Prendí la estufa para recalentar el té. Ernesto se acercó y lo besé buscando su lengua lentamente, le revolví el cabello y desabotoné su camisa (mamá seguramente ya estaría desnuda mirando desde la rendija). La erección de Ernesto crecía mientras me besaba. Liberé una mano, alcancé la olla y vertí sobre él el agua hirviendo. Entró mamá y entre las dos lo arrastramos hasta después de la puerta.